

MESONERO

(DON RAMON DE).

Don Ramon de Mesonero y Romanos nació en Madrid á 19 de julio de 1803. Fueron sus padres don Matias Mesonero y doña Teresa Romanos, natural el primero de la provincia de Salamanca y la segunda de la de Calatayud.

Su padre, propietario acomodado en Madrid, murió repentinamente en enero de 1820 dejando á su hijo en la corta edad de diez y seis años al frente de una casa de muchos negocios y relaciones. Obligado por esta fatal circunstancia á dedicarse á aquellos, procuró desempeñarlos con celo y honradez, alternándolos con sus estudios y ocupaciones favoritas, y aprovechando tambien de la observacion del mundo y de los hombres que le proporcionaba una vida activa, hasta que mas adelante en 1833 pudo emanciparse del todo de aquella ocupacion poco grata, y dedicarse libremente á su aficion literaria.

Familiarizado por entonces con el estudio de nuestros archivos y cronicones, parecióle bien hacer un servicio al pueblo que le habia visto nacer, formando una descripcion histórica, política, artística y topográfica de Madrid, que se echaba de menos por todos los apasionados á este pueblo, pues que solo se encontraban relaciones parciales, diminutas ó exageradas en antiguos libros y cronicones de mal gusto, y nada absolutamente desde el principio del siglo actual en que tanto ha cambiado el aspecto de aquella capital.

Cuatro años de trabajo constante é impropio por la dificultad que en España se ofrece para proporcionar los datos necesarios á obras de esta clase fué el tributo que por entonces rindió á su querida patria, y á fines de 1831 tuvo el placer de presentar su obra bajo el título de *Manual de Madrid, descripcion de la corte y de la villa*. Antes de su publicacion, por espacio de un año entero luchó atrevidamente con una censura rígida que se oponia á su impresion, debiendo únicamente á la utilidad reconocida de la obra y á la curiosidad que habia escitado en el público, el que el consejo de Castilla volviera á verla de nuevo, y previa una censura apologetica del ayuntamiento de Madrid, concedió permiso para su impresion.

La grata acogida que el público dispensó á este libro, indemnizó al autor de sus muchos sinsabores, pues no solo se agotó en cuatro meses la primera edicion (cosa inaudita en los fastos de nuestra librería), sino que SS. MM., los ministros, las corporaciones de la capital dieron por ella el parabien á su autor (cuyo nombre aparecia al público por primera vez) y el ayuntamiento de Madrid le

ofició concediéndole el permiso de visitar su archivo y sacar de él todas las noticias que pidiese para una nueva impresion.

Habia en este libro entre las muchísimas y prolijas noticias que contiene, un animado cuadro de costumbres de la vida de Madrid y del carácter de sus habitantes; y los muchos elogios que este rasgo de crítica observacion mereció al autor, unidos á su inclinacion anterior, determinó su resolucion de pintar en otra obra el Madrid moral, así como en esta lo habia hecho con el Madrid físico. Aficionado tambien á la lectura de los extranjeros Addison, Sterne, Mercier, Jouy, etc., pretendió aclimatar entre nosotros un género de literatura que aun no era conocido y que á tan grande altura habia sido llevado por aquellos en otros paises, y siguiendo tambien el método de las publicaciones periódicas, aprovechó la única que por entonces veia la luz pública en Madrid (que era la titulada *Cartas Españolas*) y en ella comenzó á publicar desde enero de 1832, bajo la firma de *El Curioso Parlante*, la primera serie de artículos de costumbres de Madrid, que por lo nuevo del género, la exactitud de la observacion y la ligereza y gracia del estilo, llamaron desde luego la atencion pública y dispensaron á su autor un favor que desde entonces puede decirse ha ido en aumento.

A mediados de 1833 suspendió su tarea para dedicarse á viajar algunos meses, y despues de recorrer las principales ciudades de España, Francia é Inglaterra, nutrido mas fuertemente su espíritu de observacion y de amor patrio, regresó á Madrid, y en 1835 comenzó la segunda serie de sus cuadros de costumbres, aprovechando siempre para su publicacion el medio de los periódicos, hasta que ya reunido suficiente número de artículos, publicó en 1836 los dos primeros tomos de la coleccion bajo el título de *Panorama Matritense, cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por el Curioso Parlante*; y en 1837 dió á luz el tercer tomo, continuando su tarea para otros sucesivos. Todas estas composiciones merecieron tal aplauso y buena acogida, que siendo reimpresas por segunda vez se hallan ya en disposicion de serlo la tercera.

De regreso de su viaje imprimió tambien por *Apendice al Manual de Madrid*, una *Memoria sobre el estado de la capital y los medios de mejorarla*, en la cual, apreciando debidamente los grandes adelantos que habia observado en las dos primeras capitales de Europa, proponia con juiciosa determinacion las aplicaciones susceptibles á la nuestra, pudiendo tener la gran satisfaccion de haber contribuido en gran parte á los muchos progresos que desde entonces se observaron en Madrid, tanto en lo material de la poblacion como en sus establecimientos de instruccion y beneficencia.

No contento con esto llamó en diversos escritos la atencion del público hácia el espíritu de asociacion para las grandes empresas de utilidad pública, contribuyó á la formacion de ellas con su trabajo y constancia, y emprendió ademas la publicacion del *Semanario pintoresco Español*, primera de su clase, en España, que desde abril

de 1836 ha seguido una marcha constante y difícil, luchando con los numerosos obstáculos que el estado del país le presenta á cada paso.

Hasta aquí las obras literarias de este autor. Su vida pública es poco brillante por haber reusado constantemente á parecer en la escena política, única que en el día llama la atención de nuestro país. Algunas ocasiones se le han presentado para ello; algunas veces ha sido invitado con empleos apetecibles, pero colocado por ventura en una situación independiente y bastante á contentar su escasa ambición, ha renunciado constantemente á los favores de la fortuna, y acaso es hoy el único escritor en España de quien no puede citarse una sola línea de política en todas sus obras.

En 1835 contribuyó á la formación del Ateneo de Madrid, que le nombró su socio secretario y luego bibliotecario, y ha desempeñado otros varios cargos y comisiones filantrópicas en la sociedad económica Matritense, la de seguros de casas en Madrid, y la nuevamente formada para mejorar la educación del pueblo. En 1838 fué nombrado por S. M. vocal secretario de la junta directiva y gratuita de la caja de ahorros de Madrid, y contribuyó con sus escritos y su celo á la creación de este benéfico establecimiento. En 17 de mayo de dicho año fué recibido como individuo de la academia española, y en 28 de noviembre del mismo fué condecorado por S. M. con la cruz de la real y distinguida orden de Carlos III, sin mediar solicitud alguna de su parte, y renunciando siempre otras distinciones honoríficas.

I.

LAS SILLAS DEL PRADO.

(Costumbres charlamentarias.)

« O sabo naturaleza
Mas que supo, en estos tiempos,
O muchos que nacen sabios
Son porque lo dicen ellos. »
LOPE DE VEGA.

En risueño ademan y galante apostura, sujeta la lira en la siniestra mano, y descansando la diestra, como quien ya no tiene gana de cantar, se alzaba el rubicundo Apolo en el término medio del Prado Matritense, dominando á las cuatro estaciones del año, que yacían acurrucadas á sus pies.

Era la noche, y la señora Diana, aunque algo soñolienta y ajada de amores, había relevado al Dios de Delo en la guardia y centinela de este mundo pecador; con que veíase el hijo de Latona libre aun por algunas horas de este cuidado; que no lo es corto, ni discreto, el haber de consumirse por alumbrar á los demás, mientras cierran los ojos á la luz.

Es fama en el Olimpo que estas horas de reposo, en que el Dios de los membrillos cede á su hermana *la alta misión de propagar las luces*, las tenía consagradas de tiempo inmemorial á tomar las cuentas de cargo y data á las señoras Musas allá en el Parnaso, y á despachar el correo, espidiendo desde aquel comité central sendas remesas de inspiraciones á todos los poetas con quienes conservaba buena amistad y correspondencia; ora fuesen príncipes y magnates, y supieran y pudieran acompañarse con lira de oro, ya rústicos y pecheros, y entonasen sus villancicos al son de cáramo pastoril.

Con esto el señor Apolo andaba tan ocupado que apenas le bastaban para la firma las largas horas de la noche; y soliale acontecer á veces rendirse cansado al sueño, olvidando su obligación matutina, hasta que ya muy corridas las horas se levantaba todo atorolado y corría á los pies del padre Júpiter, el cual no dejaba de echarle una buena reprimenda, y decirle que la poesía había de acabar por dejarle á buenas noches.

Hoy día, bendito Dios, es otra cosa; pues ó sea que el Nímen Delfico se haya desengañado de la inutilidad de semejante trágica, ó sea (y esta parece la verdad) que los señores poetas se hayan emancipado y proclamado sus derechos imprescriptibles, ello es que ha venido á levantarse el abasto de las inspiraciones, declarándose estas comercio libre, y que cada cual pueda surtirse de ellas en cualquier parte y á poca costa, v. g. en los cafés ó en los cementerios; cosas todas más fáciles y hacederas que no andarse un hombre toda su vida trepando por las escabrosidades del Parnaso, á riesgo de rasgarse el corbatín ó de ensuciarse los guantes. Con esto el Dios indefinido ha venido á quedar tan holgachón y tan horro de todo trabajo, que se pasa una vida que ni un canónigo del antiguo régimen, limitado á pasear su reluciente carro por el Olimpo, y á presidir (con superior permiso) las prosáicas aventuras de nuestro Prado Matritense.

Queda dicho arriba que era una de estas noches de agosto en que despues de haberse divertido el buen señor en tostarnos las mulleras descansando perpendicular sobre los tejados de Madrid, se hallaba substituido por la *casta diva*, que con más galantería y benevolencia dejaba escapar una luz templada, y daba á los madrileños el grato espectáculo de su hermosa faz, pura, grande, serena, *senza nube e senza vel*.

Llegado era el momento, en que todos los heroicos ciudadanos se habían, en uso de su soberanía, retirado á acostar, y reinaba por todo el Prado el más profundo silencio, cuando repentinamente se percibió un ruido armonioso, que por lo sobrenatural é inusitado pareció dar vida y movimiento á aquel solitario recinto; y no era otra cosa, sino que el Dios Timbreo, viéndose solito y seguro de que nadie le escuchaba, había tenido la tentación de pasear los dedos por las cuerdas de su lira, con que quedaron las estrellas

suspensas en el firmamento, y los árboles inclinaron las venerables copas para mejor poderle escuchar.

Cualquiera creería que estos no eran mas que preludios para empezar á cantar; pero ¿qué filarmónico ni qué poeta han visto VV. que guste de cantar sin auditorio? S. M. Délfica tampoco era indiferente á una *comision de aplausos*, y hubiera dado en aquel instante un ojo de la cara por encontrar un poeta que quisiera escucharle; pero los poetas andaban todos á la sazón muy ocupados, cuales buscando ideas en un bol de ponche, cuales escribiendo desde un quinto piso un artículo contra el ministerio.

Despechado, pues, de verse tan redondamente escaso de auditorio, ocurriósele una idea que le pareció muy feliz; y fué, que pues que los seres animados rechazaban su inspiración, debía acudir á dispensarla á los inanimados, y usando como si dijéramos de una licencia poética, inspirar á las sillas que le estaban mirando sin decir « esta boca es mía. »

Dicho y hecho; apéase de su elevada cúspide; baja de un salto hasta colocarse en el borde del pilón de la fuente, y esforzando cuanto pudo la voz. — « ¿Eh... señoras sillas... ha de casa... (las dijo...) Apolo os llama, y os pide conversacion; vengan aquí todas, y entreténganme un rato, que ya me canso de tanta holganza; y tomen y reciban ese cacho de inspiración que repartirán entre sí como buenas hermanas, y sino alcanzase á poder hablar en verso, vaya en prosa, con tal que sea clara, que en prosa habló Cervantes y no por eso deja de ser el primer poeta del mundo. » — Y súbito las sillas se vieron animadas, y agrupándose misteriosamente en ancho círculo en derredor del Dios, dejaron entender un bisbiseo confuso como el que ofrece un enjambre de abejas en presencia del colmenero, ó una escuela de muchachos en el punto en que el maestro da licencia de marchar.

Largo rato esperó Apolo el resultado de aquel acuerdo preliminar, hasta que viendo que nadie tomaba resueltamente la palabra, enderezó la suya al monton, y dijo no sin muestras de enojo mal reprimido: — ¡Ah, señoras alcorcoques! ¿será cosa de hablar todas á un tiempo y sin que nos lleguemos á entender? ¿ó habrán VV. de hacer el mismo uso que los hombres del don de la palabra que he tenido á bien concederles? pues por vida de mi padre que si me enojo, suspendo del todo esta *garantia*, y las dejo tan mudas como antes. Pero, vamos á cuentas, que deseo que me diviertan, y para ello fuerza será poner orden, instruyéndolas en las prácticas parlamentarias que veo que no les son familiares. Por de pronto salga aquí la mas vieja y cuide de hacerme una relacion clara y sucinta, sin ambages ni rodeos, entre tanto que las demas pueden irse formando en comisiones; y cuidado con las intrigas y con los tiquis-miquis, que no estoy, juro á Brios, con intencion de perder el tiempo.

Dicho esto se alborotó de nuevo el cotarro, acusándose todas

unas á otras como que ninguna queria ser la mas vieja, hasta que convicta y confesa de ello una, que por su traza denunciaba bien su fecha antediluviana, agarróla Apolo por las greñas con muy malos modos, y lanzándola en medio del corro volvió á encaramarse en el pilón de la fuente, y la intimó con entereza que empezase su narracion.

— Yo, señor Apolo, dijo la silla, un tanto medrosica y mohina, soy natural de Vitoria, y nací, si mal no me acuerdo, por los años de 95 al 96: fui destinada en mi tierna edad á autorizar con mi presencia la portería de un convento de monjas, y sostener la descuidada persona de el demandero, que me bautizó con el nombre de *la Carraca*, á causa de cierta analogía que pretendia encontrar entre mis suspiros y el desapacible sonido de aquel fúnebre instrumento. Mas entrada en años, y reconocida mi injusta colocacion, fui elevada al rango de silla capitana en una escuela de latin, en donde mi posesion era para los muchachos el último término de la felicidad, hasta que elegido el maestro por alcalde de su pueblo, me llevó consigo y me colocó como quien nada dice al frente de todo un ayuntamiento. Por este tiempo el que regia perpetuamente los destinos municipales de esta capital (todavía no heroica), quiso introducir en ella una mejora que la proximidad del siglo XIX hacia ya necesaria; y entendiéndose para ello con mi alcalde, pudo recabar de él que me remitiera á la corte, para servir de modelo á la organizacion de los móviles asientos con que pensaba sorprender á los madrileños en la famosa feria de la Plazuela de la Cebada. Vine pues á Madrid, y todos los ingenios silleteros de la corte se apresuraron á copiar mi estampa, en términos que me vi reproducida en sus manos, ni mas ni menos que si fuera edicion estereotípica, pasando con mis compañeras á autorizar un recinto en que tantas aventuras amorosas pudiera recordar. Entrado ya el siglo actual, y mas civilizadas las costumbres, creyóse oportuna nuestra presencia en el Prado; y ya en posesion de este mi último destino, asistí á coronaciones y entradas regias; presidi revistas y escuché serenatas; serví en las comidas cívicas; fui una de las victimas del Dos de Mayo; escuché amores; ví aparecer y desaparecer grandezas; serví á conferencias políticas; miré ajarse bellezas y nacer otras nuevas; y con mis débiles fuerzas, mi constancia y sufrimiento, tolero hoy los sarcasmos de los hijos de los nietos de aquellos que en otro tiempo me miraron como un progreso. Unicamente me indemniza de tantas penas el cariño paternal con que me distingue mi usufructuario, cuando calculando mi edad y mis servicios, reconoce que se los he prestado por espacio de treinta y nueve años; que en ellos han descansado en mí ocho mil quinientas cincuenta y cuatro personas, y que habiendo cada una contribuidole, con el alquiler de 8 mrs., he venido á producirle 68,432 mrs. ó sean 2140 rs. y mrs.; esto es, unas cuatrocientas treinta y dos veces mi valor capital. —

Aquí calló la silla, interrumpida por un espresivo signo de desagrado del Dios bermejo, á quien no parecia complacer tan prosáica narracion. Con que despues de una breve pausa encarando la severa faz á la preopinante: — Siempre fué de viejos charlatanes (esclamó) el aprovechar la ocasion de un tantico de auditorio, para relatar sus propias hazañas, sin tener en cuenta que las mas veces no interesan sino á ellos solos.

Y sino, dígame la máquina deslenguada, ¿qué tenemos que ver con sus miserables vicisitudes, sus ponderados padecimientos, y toda esa tiramira de voluntarios encomios hechos de su persona, encomios que á nada conducen, que nada prueban, sino que tan leño es ahora como en el primer instante de su ser natural? ¿Parécela, pues, que aquí venimos para escuchar relaciones de méritos y profesiones de fe como las que ahora se estilan? ¿ó cree acaso que somos ministros ú opinion pública, y que tenemos ahí á mano una intendencia de rentas ó cuatro cargas de aura popular? ¡Ay señora vieja, señora vieja! ; y qué porro debió de ser el primero que enseñó á hablar á las cotorras, y cuanto mas lo parece aquel que tiene paciencia para escucharlas!

¡Alto ahí! (continuó el Dios Canicular, dando una patada en el suelo) alto ahí, repito; quédese esto entre nosotros, y callar y calleemos, que peor es meneallo. Sirva solo esta alocucion de advertencia piadosa, y ojo al márgen, para que las demas post-opinantes no nos muelan con tales reclamos; que acá, hermanas, no hay nada que dar como no sean coplas, y ya me ven á mí, el padre de ellas, desnudo y en pelota, como mi madre me parió. Y ora tome la palabra la mas discreta, ya sea jóven ó vieja (supuesto que vemos que la tontuna tambien crece con los años) y cuénteme cosas del oficio y de buen aprovechamiento; que no les será difícil, puesto que no hagan otra cosa que relatar sencillamente lo que cada dia oigan y vean, dejando de mi cuenta las reflexiones y los discursos de fondo, que cada cual tiene su alma en su almarío para poner notas y sacar consecuencias. —

Y vuelta otra vez al clamoreo y á los dimes y diretes, como que todas querian tomar la palabra por mas discretas, hasta que en fin lo consiguieron las mas atrevidas, y las otras tomaron á bien callar y rabiár. Pasada, pues, la lista de las oradoras, resultó haber mas que orejas para escucharlas; razon por la cual hubo de dar la palabra el señor Apolo á la mas cercana, *la Desvencijada*, sin perjuicio de que fuesen despues intercalando sus relaciones hasta donde alcanzase la paciencia las otras oradoras *Temblosa*, *Andamios*, *la Descosida*, *Tronera*, *Muletas*, *Columpio*, *Tres pies*, *Escotillon*, *Montserrat* y otras varias hasta unas cinco docenas, poco mas ó menos, que se hallaron como por ensalmo influidas de la ciencia de Demóstenes. —

— Paréceme (dijo *Desvencijada*) que la voluntad del señor Apolo es escuchar de nosotras la crónica fiel y sucinta de nuestros su-

cesos contemporaneos; de aquellos que puedan hacerle formar una idea de algunas de las costumbres de la época, que en este paseo, punto central y máximo de la capital de la monarquía, vienen á reflejarse en toda su viveza, como los rayos del sol en un espejo ustorio, ó los movimientos del péndulo en la muestra del reloj. —

— Así es, dijo Apolo entre grave y risueño; y únicamente la advierto, hermana, que deje á un lado las comparaciones y metáforas, que sobre ser de gusto añejo corren el evidente riesgo de hacernos dormir. —

— Pues entonces, replicó la silla, procederé sin mas introito á narrar á vuesa merced, señor Apolo, una conversacion que he escuchado esta misma tarde, y que me ha dado á conocer una porcion no indiferente de nuestra sociedad moderna (y digo nuestra, porque las sillas tambien formamos parte de esta sociedad).

En armonioso grupo estábame yo solazando con otras mis compañeras, ahí en el trozo de abajo, entre vuesa merced y el señor Neptuno, cuando vinieron á ocuparnos cuatro apuestos mancebos, que por su locuacidad y desenfado calificamos desde luego de personas de importancia. Ella era sin duda tal, que apenas pasaba alma viviente que no saludasen y hablasen con llaneza y marcialidad; otros, al parecer de la misma clase, venian á incorporarse con ellos, y formar corro, que se iba ensanchando en términos formidables; pero por mas que hacíamos mis compañeras y yo, no podíamos adivinar que gentes eran aquellas tan populares, tan decisivas, tan espontaneas. Aplicábamos, pues, nuestra atencion á sacar el ovillo de su profesion por el hilo de sus palabras, y unas veces los tomábamos por artistas, oyéndolos hablar de *colores* y *matices*; otras encarecian sus *artículos de fondo*, y al instante los calificábamos de almacenistas de la plaza, ó de drogueros de Santa Cruz; discurrían á veces sobre la manera de propagar *las luces*, y tomámoslos entonces por encargados del alumbrado; ora se decían *órganos* de no se que coro: ora se daban el título de opinion pública, y de *juicio del pais*: y en medio de tantas confusiones, nosotras sin acertar ni que juicio, ni que luces, ni que fondo, ni que colores, ni que órganos, ni que palabrotas eran aquellas, hasta que quiso Dios que acertase á pasar un quidam, el cual vino como llovido á resolver nuestras dudas, saludádoles sombrero en mano con estas palabras: — «Salud, señores periodistas.»

— ¡Voto á...! (esclamó Apolo saltando espelusnado como un gato sobre el borde del pilon) ¡ah hi de puerca, tú y la madre que te parió, y que gentes me traes á la rueda! ¡aquellos por quienes yo padezco y sufro confinacion y destierro; aquellos que me han arrancado el cetro y tornádome muda la lira; aquellos que me miran como mueble clásico y pueril, y entretienen al vulgo con sus discursos originales, traducidos del francés! Hablárasle á Apolo de

herejes judaizantes, ó moriscos recién convertidos; de caribes antropófagos, ó de negros bozales; pero hablarle de periodistas y de periódicos políticos sobre todo, tentación es del demonio y que no se puede sufrir. Mas pues carezco de otro medio de comunicación con esas gentes, gustoso habré de disimular mi encono, aprovechando la ocasión que se me presenta de informarme de su condición y travesura; y así, hermana silla, prosiga ya la comenzada historia, que cuando no dé gusto, podrá servir á mi délica persona de interés y aprovechamiento. —

— Tuvimosle y no poco yo y mis compañeras, volvió á replicar la silla, con el descubrimiento que al fin hicimos del carácter y circunstancias de aquel conclave, pues siendo como á cada paso repetían la expresión *formulada* de la pública opinión, poniánnos en el caso de conocer á poca costa el estado de ella. ¡Pero ay, señor Apolo! y que chasco tan estupendo nos llevamos; y como no será menor el que se lleve, si le repito palabra por palabra el lenguaje convencional en que fué sostenido aquel diálogo; lenguaje tan de todo punto nuevo, que puesto que nacidas en Madrid, y subditas ordinarias de vuesa merced, era para nosotras claro como el hebreo; y cuenta, que vuesa merced pueda interpretarles tampoco, sino ha por ahí á la mano un diccionario de esta moderna greguería.

Porque ellos, á lo que pudimos entender, se clasificaban en varios bandos (*comuniones*, como dicen ahora, y compadrazgos como decíamos antes) apellidándose los unos *conservadores*, y los otros *progresistas*; cuales *retrógrados*, y cuales *estacionarios*; de los unos era la divisa *la soberanía de la inteligencia*; de los otros *el instinto gubernamental*; aquellos estaban por la *aplicación práctica*; estos por las *sublimes teorías*; los de allá se decían maestros de la *vieja escuela*; los de acá se proclamaban los nuncios de la *futura España*. Una vuesa merced á aquellas exóticas calificaciones con las indefinibles palabras de *oposición y resistencia*, el *poder* y las *masas*, la *interpelación* y el *voto de confianza*; la *orden del día* y el *bill de indenmité*; las *colisiones y pronunciamientos*, *fusiones y pas- teles*, *derechos y garantías*; disuelva luego todos estos furibundos vocablos en una acción mas que medianamente enérgica y apasionada; descubra á vuelta de cada frase sendas pullas mas ó menos al alma contra la opinión contraria, todo revestido con cierto aire de autoridad providencial y arrogante, y tendrá vuesa merced una ligera idea de los órganos del país; que el diablo me lleve si al país no le sucede lo que á nosotras en cuanto á entenderlos. —

— Ya veo con dolor, repuso Apolo, que aun me quedan largos años de reposo por esta tierra; ya veo y conozco que cuando tan á poca costa y con cuatro frases pomposas puede aspirarse al título de sabio, y tras él á una dirección ó á un ministerio, necio será el que se quiera consumir trabajando concienzudamente con solo el objeto de alcanzar fama literaria: ya reconozco la razón de tanto

desvio hácia mi persona, y que apenas haya quien quiera saludarme cuando me encuentra: ya en fin advierto que es tiempo de arrojar la lira, renegar de mis hermanas las musas, y marcharme por ese mundo adelante proclamando principios y disfrazando fines, riéndome de los necios humanos, que así caen al cebo de las palabras como los pajaros al de la liga.

Y diciendo esto el afligido Dios levantóse resueltamente haciendo ademán de arrojar el instrumento en el pilón de la fuente; viendo lo cual muchas de las circunstancias se abalanzaron á contenerle, y una mas atrevida, que no sin harto trabajo habia callado hasta allí, saltó en medio del corro y exclamó: —

— Alto allá, señor Apolo, no hay que desesperarse y hacer una calaverada; que por mi fe y palabra que aun existen por esta tierra celosos servidores de vuesa merced, bastantes á poblar todos los hospitales del mundo. No sino éntrese cualquiera mañana por esa universidad adelante, y á poco que se revuelva tropezará con dos ó tres centenares de vates desde los quince á los veinte de la edad, entre la palmeta y el barbero, vamos al decir; ingenios precoces y prematuros, que así mascan y comentan el *fuero juzgo* como entonan una jaculatoria á la eternidad; ora sustentan un argumento *á priori*, ora dirigen á su querida un tratado de teología en quintillas; que sueñan en sus versos nocturnos seres ideales, fantásticas mugeres, aéreas, vaporosas, y por el día corren en prosa tras las modistas de la calle de la Montera; que todavía no han saludado mas que el salón de Oriente y ya escriben dramas en que aspiran á pintar la sociedad sin máscara.

Pues descuélguese vuesa merced por esas oficinas, y á las pocas mesas tropezará en papelotes borrageados, llenos de rengloncitos desiguales que al pronto tomará por informes ó extractos; pues tambien son coplas, mas ó menos malas, que de todo hay; y el diablo me lleve sino topase con alguno de estos espedientes en variedad de metros, en que venga á decirse poco mas ó menos v. g.: « Escelentísimo señor: — El excelentísimo señor secretario de estado me dice con esta fecha lo siguiente: — Escelentísimo señor: — Al excelentísimo señor presidente de..... digo con esta fecha lo que copio. — Escelentísimo señor:

¿Qué es el no amar? rodar en la agonía
Sin ensueños, sin gloria, sin temor,
Igualar con la noche al claro día,
Y dormir en fatídico estupor...
Escelentísimo Señor.

Pues si aun no está satisfecho, señor Apolo, dese luego una vuelta por los cafés, que son como si digéramos los estanquillos del Parnaso (puesto que ya no haya tal Parnaso en el mundo), donde á cualquiera mesa que se acerque está seguro de encontrarse en corro con media docena de notabilidades literarias, de estas que siempre andan pegadas con engrudo por las esquinas, y ocupan las

lunetas del teatro, los folletines de los periódicos, y por último, nos ocupan á mí y mis compañeras todas las tardes dos ó tres horas; y por la miseria de los ocho maravedis de costumbre, nos encajan de memoria sus composiciones lastimosas, y sus dramas á grande espectáculo, con tales manoteos y entusiasmo, que mas quisiéramos sufrir la relacion de las batallas de un militar pretendiente y recién llegado del ejército, ó las infinitas muecas y repulgos de una coqueta en un día de revista, ó el simulacro de la defensa de Bilbao, hecho con nosotras por los chicos de la candela. —

—Cada cosa que os escucho, dijo Apolo, me da mas en qué pensar, y me afirma de nuevo en la idea que he llegado á concebir de la inutilidad de mi ministerio. Vosotras, por ejemplo, me hablais de una prodigiosa abundancia, de una generacion entera de sabios y poetas; y yo, Apolo, el Dios del saber y de la poesia, apenas puedo decir que conozco de vista á media docena; me contais sus triunfos, y yo no he asistido á sus triunfos, ni siquiera de politica convidado. Me encomiais sus numerosas obras, y yo apenas encuentro nada que leer por mucho que me mato á recorrer esas librerías. Luego ¿qué es esto? ¿Son ellos los sabios, ó yo soy un porro? ¿Hablan ellos en castellano, ó yo soy hebreo?

—Eso consiste, replicó la silla, en que vuesa merced es poeta clásico, retrógrado y añejo, y está muy casado con su Aristóteles y su Horacio, libros por otra parte muy santos y muy buenos, pero que no son ningun evangelio. Además, señor Apolo, fuerza es confesar que su lira iba estando ya un si es no es destemplada y floja; y sus desmayados sonidos no son cosa para electrizar á una generacion educada al ruido del tambor y al humo de la pólvora, á los gritos de la plaza pública y á la violenta agitacion de las revoluciones políticas. No, sino venganos usted ahora con sus *dulces camarillos* y con sus *Melampos* y sus *Melibeos*, y quieranos encajar su zamarilla de pieles y su cayado, cuando el que mas y el que menos anda por esas calles hecho un Bernadotte, y sabe muy bien manejar el fusil, ó sublevar á un pueblo desde la tribuna, ó derribar á un ministerio desde la redaccion de su periódico. —

—Calle, calle la maldecida, replicó impaciente el Dios, y no hablemos mas en esto, ó sino la encajo la lira encima del espaldar, y entonces me dirá si es ó no de algodón cardado. ¡Habrás visto desvergüenza mayor! ¡Porqué me ven solo y sin corte como rey cesante, todos han de querer, como quien dice, subirse á las barbas! ¡Pero ay triste! que no las tengo; y hasta en esto me diferencio de los poetas del día!

—Vaya, vaya, señor ex-númen, no hay que llorar, ni sonarse tan á menudo (saltó en este momento *Temblorosa*, otra de las oradoras inscriptas), déjelo con mil diablos, que no hay mal que por bien no venga: y sino inspira ya á los poetas, para eso luce sus inspiraciones en los anuncios del Diario: si le han mandado borrar

hasta del techo del teatro, para eso sirve de muestra á un almacén de quincalla en la calle de la Montera; sino hace bailar á las musas en el Pindo, como de esas bordadoras bailan alegres bajo su tutela en la puerta de Bilbao, ó en los jardines de Chamberi. Con que no hay que desanimarse, sino tomar el tiempo como viene, y meter la cabeza donde se pueda, aunque sea de mancebo de una tienda, ó de pasante del colegio nuevo; que dia vendrá en que pare la nube, y en que se cansen las gentes de espectros, y calaveras, volviendo á entusiasmarse con la *mariposilla incauta* y el *arroyuelo murmurador*, que es cosa buena, y con que no se ofende á Dios.

Entre tanto, para que no vaya vuesa merced á pasar por un mal criado, si gusta de meterse en el gran mundo, y ya que mis compañeras le han iniciado en el lenguaje político y literario, quíerole dar yo un repaso del de la buena sociedad, que aquí donde nos ve no hay nadie que tenga mas roce de gentes, ni que encuentre por lo tanto mejor ocasion de aprender el moderno vocabulario. — Eso me toca á mí de derecho (esclamó *Columpios*), que soy la mas jóven, y como tal susceptible de la inoculacion intelectual de las novísimas doctrinas sociales. — Yo (saltó á este punto *Montserrat*), por mas aseada y pintoresca, soy favorecida de preferencia por las altas clases y.... — Nada de eso pega ya (replicó *Tronera*), que ya no hay clases altas ni bajas, y todos somos unos y libres; con que yo.... — ¿Y me he de estar callando (interrumpió *Tres-pies*) yo que guardo en mis adentros cosas estupidas y dignas de ser puestas en solfa? — Pido la palabra. — Pues yo la tomo. — Pues yo la agarro. — Pues yo no la suelto. — Pues yo.... — Pues tú.... — Pues si.... — Pues no....

Y aquello se convirtió, como si digéramos, en un verdadero parlamento en dia de interpelacion. Todo era interrumpirse y chillar, y ponerse roncás, y dar manotadas, y lanzarse pullas, y mirarse de través; hasta que el presidente Apolo, habiendo llegado á los cincuenta y nueve grados sobre cero de su despecho, ideó una diablura que ni el mismo Satanás en sus buenos tiempos; y fué quitarlas de repente el entendimiento y la voluntad, y dejarlas solo la memoria; y luego permitir que todas hablasen á un tiempo y sin oír á las demas; y que repitiesen como en eco, simplemente y sin comentarios, todas las palabras sueltas que habian escuchado aquella tarde en el paseo; con que se armó un confuso clamoreo de interrupciones, preguntas, respuestas, medias palabras y palabras enteras, como si todo el Prado se hubiera vuelto á la sazón á poblar de paseantes; en fin una barbaridad tan discordante é incoherente como la siguiente.

— « ¡Jesus qué calor...! — Diez y ocho años y soltera. — ¿Qué dice V. de la guerra?... — Este correo trae mas vuelo el figurin. » — Ay mamá! es preciso ensanchar este sombrero. — El de mi marido tambien. — ¿Y no le parece á V. una injusticia que... » — Dicen que era sobrino de S. E. — Es excelente autor. — Dis-

» cipulo de Vensano. — Y aquella noche le cerró la puerta. —
 » Porque no estaba en voz y... — Hoy lo he leído en el Correo Na-
 » cional. — ¿De qué color es esa tela?... — Mira, á la Fulana con
 » sus niños y su marido... — Es el editor responsable. — Como no
 » sabe firmar... — ¿Te subes á la otra vuelta? — Despues de cenar.
 » — Anoche estuvimos en Francia. — Le han hecho intendente. —
 » ¿Y de qué sirven los libros?... — Porque en tiempos de revueltas
 » políticas... — Pierde el pan y pierde el perro. — ¿Y de cuantos
 » meses estaba? — Era una ligera interpelacion. — ¿Con qué se ha
 » cansado de él? — Es una vida muy circular. — Y el vestido es
 » precioso. — Con prima á sesenta dias á voluntad del compra-
 » dor. — Dicen que el ministerio hace dimision. — ¿Damos otra
 » vuelta? » —

— Basta, basta, canalla infernal, dijo enfurecido el Dios, apre-
 surándose á trepar á su sitio acostumbrado; basta ya con vuestra
 diabólica gritería, que cuento que aunque me suba al Olimpo no
 he de desechar tan pronto la pesadilla. ¡Cáscaras! y que noche me
 han dado las perras, y qué amargas verdades me han echado que
 quieras que no. Ea bien, tiempo es de callar, que ya estoy viendo
 á la señora Diana que me hace señas de que vaya á relevarla, por-
 que se quiere ir á dormir. Todo el mundo pare la lengua, y vuelva
 por su camino sin chistar ni mistar, que si alguna otra noche me
 diere gana de echarla á perros, se les avisara á domicilio, y veré-
 mos si entonces me ponen en limpio este borrador. —

Y todas las sillas marcharon á sus puestos sin replicarle; y cuan-
 do el sereno atravesó al amanecer el Prado, despues de haber dor-
 mido toda la noche en un banco, ya se las encontró á todas como
 si tal cosa, guardando sus puestos, mudas, graves y en correcta
 formacion.

II.

EL ROMANTICISMO Y LOS ROMÁNTICOS.

Señales son del juicio
 Ver que todos le perdemos,
 Unos por carta de mas
 Y otros por carta de menos.

LOPE DE VEGA.

Si fuera posible reducir á un solo eco las voces todas de la actual
 generacion europea, apenas cabe ponerse en duda que la palabra
romanticismo parecería ser la dominante desde el Tajo al Danubio,
 desde el mar del Norte al estrecho de Gibraltar.

Y sin embargo (¡cosa singular!) esta palabra tan favorita, tan
 cómoda, que así aplicamos á las personas como á las cosas, á las
 verdades de la ciencia como á las ilusiones de la fantasia; esta pa-
 labra que todas las plumas adoptan, que todas las lenguas repiten,
 todavía carece de una definicion exacta, que fige distintamente su
 verdadero sentido.

¡Cuántos discursos, cuántas controversias han prodigado los sa-
 bios para resolver acertadamente esta cuestion! y en ellos ¡qué
 contradiccion de opiniones! ¡Qué extravagancia singular de siste-
 mas...! «¿Qué cosa es romanticismo...?» (les ha preguntado el
 público;) y los sabios le han contestado cada cual á su manera:
 unos le han dicho que era todo lo ideal y romanesco: otros por
 el contrario, que no podia ser sino lo escrupulosamente histórico:
 cuales han creido ver en él la naturaleza en toda su verdad: cuales
 la imaginacion en toda su mentira: algunos han asegurado que era
 propio á describir la edad media: otros le han hallado aplicable
 tambien á la moderna; aquellos le han querido hermanar con la re-
 ligion y con la moral: estos le han echado á reñir con ambas: hay
 quien pretende dictarle reglas: hay, por último, quien sostiene que
 su condicion es la de no guardar ninguna.

Dueña, en fin, la actual generacion de este pretendido descubri-
 miento, de este mágico talisman, indefinible, fantástico, todos
 los objetos le han parecido propios para ser mirados con el auxilio
 de aquel prisma seductor; y no contenta con subyugar á él la lite-
 ratura y las bellas artes que por su carácter vago permiten mas
 libertad á la fantasia, ha adelantado su aplicacion á los preceptos
 de la moral, á las verdades de la historia, á la severidad de las
 ciencias, no faltando quien pretende formular bajo esta nueva
 enseña, todas las extravagancias morales y políticas, científicas y
 literarias.

El escritor osado, que acusa á la sociedad de corrompida, al
 mismo tiempo que contribuye á corromperla mas con la inmora-
 lidad de sus escritos; el político, que exagera todos los sistemas,
 todos los desfigura y contradice, y pretende reunir en su doctrina
 el feudalismo y la república; el historiador, que poetiza la historia;
 el poeta, que finge una sociedad fantástica y se queja de ella por-
 que no reconoce su retrato; el artista, que pretende pintar á la
 naturaleza aun mas hermosa que en su original; todas estas ma-
 nias que en cualesquiera épocas han debido existir, y sin duda en
 siglos anteriores habrán podido pasar por estravios de la razon, ó
 debilidades de la humana especie; el siglo actual, mas adelantado
 y perspicuo, las ha calificado de romanticismo puro.

«La necedad se pega,» ha dicho un autor célebre. No es esto afir-
 mar que lo que hoy se entiende por romanticismo sea necedad,
 sino que todas las cosas exageradas suelen degenerar en necias;
 y bajo este aspecto la romanticomanía se pega tambien. Y no solo
 se pega, sino que al revés de otras enfermedades contagiosas que
 á medida que se trasmiten pierden en grados de intensidad, esta,
 por el contrario, adquiere en la inoculacion tal desarrollo, que lo
 que en su origen pudo ser sublime, pasa despues á ser ridiculo;
 lo que en unos fué un destello del genio, en otros viene á ser un
 ramo de locura.

Y he aquí porque un muchacho que por los años de 1811, vivia